

EL BARRIL DE JOMEINI Y LA MECHA AMERICANA

EDUARDO HARO TECLEN

En otros tiempos, el asalto y retención de rehenes en la Embajada de Estados Unidos en Teherán hubieran sido un "casus belli". Un abanicazo del Rey de Túnez al cónsul de Francia provocó la invasión del país... La crítica histórica ha terminado finalmente por desmontar la teoría del "casus belli": es posterior a la decisión de guerra. Mil hechos igualmente ofensivos, igualmente graves, se pasan por alto cuando la decisión no está tomada. Cuando está tomada, se elige el que conviene. O se inventa, como el famoso incidente del golfo de Tonkín provocó o justificó la entrada directa de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam. Carter podría elegir el caso de la Embajada de Teherán para precipitar una acción militar contra el Irán de Jomeini. Podría haber elegido cualquiera de los sucesos anteriores —a partir del apoyo del Sha, podrá esperar alguno de los futuros—. También se pueden invertir los términos. Jomeini podría haber elegido cualquier otra situación para mostrar la hostilidad de su país a Estados Unidos. Ha elegido precisamente ésta sabiendo, sin duda, hasta qué punto es grave. Precisamente una ocasión en la que sabe que sentimentalmente el pueblo está con él, aunque el caso ofrezca a conciencias condicionadas de otra manera, como pueden estarlo las occidentales, dudas de aspecto moral. El Sha fue rechazado en Estados Unidos cuando buscaba lugar para su exilio: ha sido admitido sólo temporalmente para un tratamiento médico en un caso extremadamente grave, probablemente desesperado: un tratamiento que sólo puede darse en el hospital en el que ha sido acogido. Convenimos en que los Estados Unidos no admiten o expulsan diariamente personas en peores condiciones biológicas que el Sha, pero que no son el Sha. Todo ello presenta una

casuística típica de esta clase de sociedades, como para dejar sin dormir varias noches a moralistas profesionales. En la otra sociedad, con otros condicionamientos de conciencia, el tema es diferente. Jomeini no vaciló en expresar su júbilo cuando supo que el Sha estaba gravemente enfermo, y el sábado los portavoces de los ocupantes de la Embajada —es decir, la voz de Jomeini— explicaron que si Reza Pahlevi llegaba a morir en Estados Unidos, matarían a los cien rehenes: "Queremos un Sha vivo, no un Sha muerto". No basta con la cólera de Dios.

Abandonemos el mundo de la sinrazón para tratar de ver un poco más claro. La anécdota casi siempre perjudica la realidad: es demasiado circunstancial. En el Irán hay una revolución que no cesa y que tiene unos objetivos claros, en Estados Unidos hay una necesidad de sujetar esa revolución porque se produce en un primer centro petrolero mundial y porque tiene enor-

mes posibilidades de extensión hacia países de identidad inmediata —los musulmanes— y de otra identidad más compleja: la del Tercer Mundo. Jomeini es una de las personalidades más discutibles del mundo. La naturaleza profunda de su revolución es nacionalista y antiimperialista; en este sentido es inmediatamente comprendida y apoyada por los países del Tercer Mundo. Con unos límites, que son los mismos que contienen a la URSS: la revolución de Irán está en plena explosión y no se puede contener. La URSS no sabe hasta qué punto puede alcanzarla indirecta o directamente. Directamente, por la extensión en sus amplias poblaciones musulmanas, incluso chiitas, sobre todo en la zona fronteriza, y porque se sabe no admirada ni respetada: el anticomunismo forma parte del espíritu revolucionario despertado por Jomeini. Indirectamente, porque una intervención de Estados Unidos pondría la guerra en sus fron-

teras. El tipo de hostigamientos mutuos entre Estados Unidos y la URSS en las zonas en que se disputa su influencia se realiza por acciones controladas, en las que los contendientes dependen de alguna forma de sus armas y sus suministros. Ni siquiera la zona de Israel-países árabes está exenta de este control. Pero lo que sucede en el Irán está absolutamente fuera, es algo genuino.

Por otra parte, la revolución de Jomeini ha provocado un fuerte sentimiento contrarrevolucionario incluso por parte de los que en el mundo comparte nacionalismos y, sobre todo, antiimperialismos. Es una mala propaganda revolucionaria. Pequeñas revoluciones en otros países, como la de Nicaragua, mantienen, dentro de su rudeza, unas formas, un intento de establecimiento de reglas de juego. La de Irán está basada en la exaltación de todo aquello que más rechaza el mundo de hoy como parte de las revoluciones: la elevación de



Vista exterior de la Embajada americana en Teherán.



Manifestantes iraníes queman la bandera estadounidense ante la Embajada USA.

dogmas religiosos en ley, la sustitución de una tiranía por otra, las ejecuciones sumarias, el retroceso en algunos de los puntos por los que hoy se lucha con más tenacidad en gran parte del mundo —el progreso de la mujer, la liberación de los jóvenes de la familia entendida como una dictadura, la libertad de costumbres sexuales, la libertad de creencias religiosas, la pluralidad de pensamiento—. A muchos de los revolucionarios moderados de nuestro tiempo —si se admite esta aparente contradicción— les está pareciendo que la revolución de Jomeini es una mala propaganda para las revoluciones, y se asemeja sobre todo por su conservadurismo a una contrarrevolución. La idea de que el Sha hacía más por la modernización de su pueblo que Jomeini, que lo retrasa, es aberrante —hay otros muchos factores—, pero se extiende continuamente.

Pero todo esto no es más que una visión parcial del tema. En muchos más países de los que se cree, la revolución de Jomeini es la única vía de liberación; la sangre que vierte parece incomparablemente menor que la que se vierte por la opresión contraria, el

odio que despierta es un odio acumulado por los viejos explotadores. Y las creencias que transmite forman parte de su más antigua cultura. Las posiciones internacionales que está manteniendo Jomeini son, para todos esos pueblos que se mantienen en

una opresión exterior, absolutamente justas y van en su propio sentido. Jomeini condena la traición de Egipto —para corroborar esta tesis, Sadat se ha precipitado a ofrecer asilo al Sha, a su familia y a sus médicos precisamente en estos momentos: cobraría bien la factura por este heroísmo teórico, que también le distancia de su pueblo—, condena a Israel, apoya a la OLP, apoya al Frente Polisario, condena a Marruecos, se siente próximo a Libia. La acción de ocupar la Embajada de Estados Unidos en estas condiciones no es temperamental —aunque se apoye en el temperamento de los ejecutores materiales—, y la propaganda mundial que tiene el caso —justa, porque es excepcionalmente grave— le favorece ante los pueblos que consideran los Estados Unidos como enteramente culpables, y que han dejado ya de confiar en China y en la URSS como salidas a su pro-



Los rehenes americanos son cambiados de lugar con los ojos vendados.

GG

Colección GG Diseño

Wucius Wong
**Fundamentos del
diseño bi- y
tri-dimensional**

Jordi Llovet
**Ideología y metodología
del diseño**

Karl Gerstner
Diseñar programas

Ott Aicher/Martin Krampen
**Sistemas de signos
en la comunicación
visual**

Manual para diseñadores,
arquitectos, planificadores y
analistas de sistemas

Colección Comunicación Visual

Christian Metz
Psicoanálisis y Cine
El significativo imaginario

Odetta Aslan
El actor en el siglo XX
Evolución de la técnica
Problema ético

R. L. Birdwhistell
**El lenguaje de la
expresión corporal**

Arnau Puig
**Sociología de las
formas**

Antonio Martín
**Historia del comic
español: 1875-1939**

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Editorial
Gustavo Gili, S.A.

EL BARRIL DE JOMEINI Y LA MECHA AMERICANA

blema. De alguna forma, este movimiento arcaico a nuestros ojos, esta teocracia y este mesianismo pueden sustituir a los ojos de muchos a un comunismo por el que hace muchos años comenzaron a sentir el típico desencanto. Lo que a nuestras conciencias condicionadas por una serie de reglas de juego —entre ellas, el respeto a los fueros diplomáticos o el abandono de interés por un enemigo gravemente enfermo— les parece de una pasión culpable, a cientos de miles, a millones de ciudadanos del mundo incluidos en esa esfera les parece un acto de desafío valiente y decidido.

La situación de Carter en estos momentos es extremadamente grave. Alcanza a toda la Administración, a todos los centros de decisión de Washington. No ignora Carter que esta revolución en expansión no se detiene fácilmente. Por eso ha acudido incluso a la OLP de Arafat para que actúe como mediadora. Arafat sabe a su vez que toda esta ascensión diplomática y esta serie de reconocimientos de que está gozando a partir de su calculado y convenido viaje a España —e incluso antes— conduce a la larga a lo que podría ser una situación posible para los palestinos: las crisis políticas de Israel le demuestran que va por buen camino. La provocación de Sadat a ofrecerse a recoger al perdido Sha tiene el carácter de una provocación, de una interrupción de ese ascenso lento de la OLP. Podría quizá perderlo todo si la situación se vuelve violenta... Por eso intenta mediar, convirtiendo ya su vieja revolución sin límites y sin reglas en una revolución moderada, y por eso se oye decir en Teherán que los palestinos saben de sus asuntos, pero que no se mezclen en los del Irán. Carter puede pedir auxilio a los palestinos —a cambio de algo—, pero Irán llega a no aceptarlo. El tema vuelve a su origen. Su origen es éste: si cede, no contendrá la expansión de la revolución. Simplemente habrá hecho un acto reprochable para las conciencias moderadas —la expulsión del enfermo; no digamos ya si accede a la extradición—, habrá dado un paso

atrás ante los partidarios de la manera fuerte y habrá perdido graves jirones de su prestigio. En el mundo islámico se sentirá como una victoria frente al coloso: estimulará a actos parecidos.

Pero, ¿y si no cede? Desde hace días se están acentuando los rumores de intervención armada. Hay fuerzas preparadas para ello en las bases próximas, o relativamente próximas. En algunos lugares, como en Turquía, con evidente pánico de los Gobiernos y las poblaciones locales. El domingo todavía se aseguraba que la intervención militar era un hecho. Pero nadie ignora que esta acción militar no puede ser una operación aislada y limpia. Es un enorme enredo; probablemente, mucho más grave que el que se produjo a raíz de la

intervención en el Vietnam, que todavía tenía la cobertura de un Gobierno, el de Saigón, al que se ayudaba. Una guerra en el corazón del petróleo, en el centro del mundo islámico, puede ser infinitamente más grave.

Todo ello deja la situación sin salidas visibles: todo dependerá de la capacidad de cálculo de Jomeini y de Carter, de hasta dónde cada uno puede llegar demasiado lejos. El "casus belli" todavía puede ser negociado, aplazado, restringido. La anécdota tendrá algunas posibilidades de apagarse.

Pero la categoría no. La categoría está en el enfrentamiento de esta nueva revolución, del desbordamiento que pueda producir más allá de las fronteras en que ahora está aún contenida. ■ E. H. T.



Periódicos murales, velos y efigies de Jomeini, mientras los guardianes de la Revolución custodian a los sesenta rehenes americanos.